

## **EL FATALISMO COMO FORMA DE SER - EN - EL - MUNDO DEL LATINOAMERICANO**

JAIME SÁNCHEZ

Al iniciar estas líneas viene a nuestro pensamiento aquella conocida tragedia griega, la tragedia de Edipo, que sirvió tanto al maestro Freud para ilustrar tan acertadamente los deseos tempranos del infante hacia su madre, y que bien nos puede servir a nosotros para esclarecer cierta actitud pasiva que ha distinguido a nuestra cultura latinoamericana como fatalista.

La tragedia se inicia cuando Layo, el padre de Edipo, se entera del designio del Oráculo de Delfos. Su hijo le mataría y se casaría con su mujer, su propia madre. Su fatídico destino no podía ser cambiado ..Por mucho que se propuso hacerlo, más en que en el acto, en el intento mismo, era ya un fracaso. Pues paradójicamente, sus actos se consolidaron en el cumplimiento de su propia desgracia.

En la tragedia se refleja lo que representaba el destino para el paganismo griego; a saber, una suerte de dictamen ajeno a su voluntad, que predestinaba sus actos, y del cual estaban condenados a depender. Kierkegaard lo expresó magistralmente: "...He aquí la tragedia insondablemente profunda del paganismo, No consiste tanto en que la sentencia del oráculo sea ambigua, cuanto en que, a pesar de todo, el pagano no puede menos de ir a pedirle consejo".

La caracterización del fatídico destino del pagano que nos ofrece Kierkegaard, ilustra la relación que éste mantenía con la inevitable predicción de un futuro incierto que lo condenaba a un presente no mejor, a un presente angustioso.

El significado etimológico mismo del término Fatalismo nos ofrece una luz esclarecedora. El término proviene *dellatínfat11111* que significa hado, es decir: predicción, oráculo y de ahí, destino inevitable".

Los estudios sociológicos de autores como Ignacio Martín Baró han mostrado que en la actualidad a amplios sectores de los pueblos latinoamericanos, incluyendo Colombia, se les ha atribuido como actitud básica de su gente, una especie de comprensión fatalista de la existencia. Martín Baró caracteriza esta actitud de la siguiente manera: "El Fatalismo es aquella comprensión de la existencia humana según la cual, el destino de todos, está ya predeterminado y todo hecho OCUITde un modo ineludible".

Los trabajos antropológicos de Osear Lewis, contruidos con las propias palabras de las personas entrevistadas, han logrado transmitir las formas propias del pensar, sentir y actuar de los sectores populares de países como México, Puerto Rico y Cuba, entre otros (Lewis y Rigdon, 1977 y 1978). En estos estudios es notable que los rasgos que caracterizan a estos países son: una creencia más o menos explícita en la irremisibilidad del destino de las personas y la resignación frente a lo inevitable, entre otras.

Igualmerite los análisis psicosociales que Erich Fromm llevó a cabo en un pequeño pueblo mexicano, junto con Michael Muccoby, arrojaron como resultado que esta gente se caracteriza por el pesimismo hacia el futuro, la sumisión y la impotencia frente al mundo y la sociedad.

Aunque no son muchos los estudios que se han realizado al respecto, se suele atribuir al

latinoamericano una imagen estereotipada de fatalista; sin embargo, es importante distinguir entre esto último, y el Fatalismo como forma de relacionarse con el mundo y la vida.

El Fatalismo entendido desde esta última acepción, nos señala una forma de ver la vida que se traduce en conformismo y resignación ante cualquier circunstancia incluso las más negativas (Baró, 1985). Es ampliamente conocida la actitud fatalista, en gran manera coincidente con lo dicho hasta ahora, que expone Viktor Frankl en su obra, como una manifestación de la Frustración Existencial en la experiencia de un individuo y una forma que usa el neurótico para eludir su responsabilidad y su libertad (Frankl, 1994).

Frankllo describe de la siguiente forma: (00.) el neurótico presenta una tendencia específica para eludir su responsabilidad y su libertad, refugiándose en pretendidas circunstancias fatales. Obra así, podría decirse, con un sentido de Fatalismo neurótico. Y este Fatalismo se manifiesta ante todo bajo la forma de un conformismo demostrado por el neurótico en todas sus tendencias internas, su estado anímico, su "ser así".

Frankl argumenta que el Fatalismo es una especial forma de conformismo fruto de la frustración existencial presente en las colectividades e individuos que asumen la vida con una actitud reactiva y pasiva, rehusando hacer LISQle su libertad y responsabilidad frente a su existir.

## FRUSTRACIÓN EXISTENCIAL Y FATALISMO

En términos Franklianos, la pregunta por

el sentido de la existencia es en definitiva, la pregunta que caracteriza al hombre como tal, es la verdadera expresión del ser humano de por sí.

Es la verdadera expresión del ser humano, debido a que este posee una tendencia natural, como se había mencionado, a la búsqueda de significados. Y esta tendencia es constitutiva del hombre, ningún otro ser está orientado a la búsqueda de un sentido que justifique su existencia.

Esta búsqueda se expresa a través de la pregunta por el sentido de la existencia. Pero el Análisis Existencial planteado por Frankl, da un giro radical al planteamiento de la pregunta por el sentido de la existencia. Pues sostiene que, no es el hombre quien debería buscar una respuesta a esta pregunta, sino que paradójicamente es la vida la que le presenta los interrogantes al hombre. Frankl lo expresa diciendo que: "si reflexionamos sobre la estructura originaria de nuestro vivir en el mundo, habremos de operar sobre el problema del sentido de la vida una revolución copernicana: es la vida misma la que le plantea cuestiones al hombre. Este no tiene que interrogarla: es a él por el contrario, a quien la vida interroga, y él quien tiene que responder a la vida, hacerse responsable".

Es así como Frankl, caracteriza la esencia del Análisis Existencial que constituye su planteamiento, y al mismo tiempo el suelo en el que se fundara su propuesta logoterapéutica.

De esta manera, desde la óptica del Análisis Existencial de Frankl, el rasgo esencial del ser del hombre es el ser responsable. A través de su responsabilidad el hombre responde los re-

querimientos de las situaciones que le presenta la vida. Pero esta respuesta debe ser objetivada en los hechos: "solamente en la acción, en el actuar, pueden encontrar respuesta verdadera las preguntas vitales; esta respuesta se da en la responsabilidad asumida en cada caso por nuestro ser. Mas aún, el ser solo puede ser "nuestro" en cuanto es un ser responsabilizado.

Nicola Abbagnano (1987) se refirió a este mismo fenómeno señalando que: "La vida le plantea al hombre continuamente cuestiones a las que debe responder. Toda acción suya, cualquiera que sea su relieve, es una respuesta. Gracias a cada una de estas respuestas sale un poco el mundo de la niebla, para tomar cierta forma frente a él. Rehusarse a responder, es rechazarlo a la niebla".

La responsabilidad como centro del existir humano ha sido expresada a través de un término utilizado por la filosofía contemporánea para designar este característico y singular modo del ser hombre: la palabra existencia.

La responsabilidad humana significa siempre según Frankl, responsabilidad ante un deber, el cual es interpretado partiendo de un sentido, del sentido concreto de una vida humana (Frankl, 1997). Para Frankl, este deber concreto es entendido a partir del hecho de que toda persona representa algo único y cada una de sus situaciones de vida algo singular, que se produce una sola vez. Estos dos caracteres informan, según Frankl, de un modo relativo en cada caso el deber concreto del hombre.

Según Frankl, la responsabilidad de nuestro ser no es solamente "en la acción", sino que tiene también que serlo, según dice, forzosa-

mente en el aquí y ahora, en la concreción de esta o aquella persona y de esta o aquella situación suya en cada caso. En palabras de Frankl: "Para nosotros, pues, esta responsabilidad del ser es siempre una responsabilidad *ad personam* y también *ad situationem*".

En palabras de Frankl, esto hace que: "cada hombre solo pueda tener un deber único en cada momento". El deber es la pregunta de sentido que le hace la vida, es lo que reclama el día, el deber concreto de ese preciso momento. Esto quiere decir que cada una de las situaciones de la vida representa algo singular, que se produce una sola vez, y al mismo tiempo, toda persona representa algo único.

El ser humano se ve enfrentado a cuestiones planteadas por las situaciones que vive. Según Frankl: "Las respuestas que el hombre dé a estas preguntas deberán ser siempre respuestas concretas a preguntas concretas. En la responsabilidad de la existencia tenemos su respuesta; es en la existencia misma donde el hombre "responde" a sus cuestiones".

Es decir, en los actos de su existencia que respondan a la realización de su deber concreto de realizar valores, mientras es un ser consciente de su responsabilidad, su deber de realizar valores no lo deja en paz hasta el instante final de su existencia.

Este imperativo de la búsqueda de sentido de la existencia se ve obstaculizado cuando, según Frankl, la voluntad de sentido se ve bloqueada. En este sentido, el individuo frustrado existencialmente, se queja con frecuencia de su vida sin sentido, experimentando una sensación de vacío interior, e intentando llenar este vacío

a través de satisfactores emocionantes como la búsqueda de sensaciones materiales, como la posesión del dinero y en muchos casos, adicciones, lo cual paradójicamente genera más angustia debido al hecho de que se acrecienta la frustración y la terrible sensación de que su vacío aumenta cada vez más.

Aparte de estos síntomas, existen muchos otros. Razón por la cual es cuestionable el carácter patológico en sí mismo de la Frustración Existencial, pues "aquel que se aqueja por el sentido de la vida está demostrando una presión propia de su condición humana".

La Frustración Existencial se manifiesta en el sentimiento de que la existencia carece de significado. Es así, como el hombre existencialmente frustrado, no conoce como llenar lo que se denomina vacío existencial y enmascara su frustración haciendo que este vacío quede larvado, no se manifieste y permanezca latente.

Como ocurre con aquellos que llevados por su afán de trabajo y diversas ocupaciones se arrojan a una intensa actividad, pero que en el momento de la jubilación o llegado el domingo, les acomete una depresión que les hace conscientes del vacío de contenido de sus vidas, se enfrentan al vacío existencial. En este sentido, Frankl considera a propósito de esto, que el ritmo acelerado de la vida actual, es un intento de automedicación inútil de la Frustración Existencial.

Por ello, es notable que Frankl, señale que la Frustración Existencial no es algo enfermizo ni nada que haga enfermar, sin embargo puede conducir a una enfermedad neurótica. En este sentido, Frankl señaló que la "frustración no es

obligatoriamente patógena, sino solo facultativamente o potencialmente tal".

El Fatalismo, según Frankl, es una de las más típicas manifestaciones de la Frustración Existencial, e impide al individuo enfrentarse de forma saludable y auténtica a responder a las situaciones de su vida.

En este sentido, el Fatalismo impulsaría un modo de ser frustrado, donde el individuo deja de ser sujeto de la experiencia para convertirse en definitiva en objeto de la misma, dejándose llevar por la resignación y el dogma de esperar a que el destino decida cuál será el fin de todas las circunstancias, vaivenes y sufrimientos en la vida.

Viktor Frankl hizo énfasis durante toda su vida, en los peligros del Fatalismo y del consecuente abandono de la libertad. De ahí a que su Análisis Existencial buscase fundamentar la necesidad de que el hombre y la sociedad se apropiasen de un sentido en la vida, fruto de la conciencia de la propia situación y su responsabilidad frente a la misma. De esta manera, el Fatalismo representa en última instancia la renuncia a la propia libertad y la consecuente renuncia a la conquista de un sentido en la vida. En efecto, para Frankl la búsqueda de un sentido para la propia existencia es algo distintivamente humano, y la renuncia a esta posibilidad representaría una renuncia del hombre a sí mismo.

### EL FATALISMO COMO ACTITUD

Desde la perspectiva Frankliana, el modo de ser fatalista expresaría el vacío y la frustración existencial que el individuo presenta. Este

modo de ser se expresa fundamentalmente, según Martín Baró, en una actitud a través de sus tres vertientes: ideacional, afectiva y comportamental.

Dentro del componente ideacional de esta actitud, se encuentran típicamente las siguientes ideas:

1. La vida de los sujetos y sus vicisitudes se encuentran predeterminados en su destino desde el inicio de sus vidas. De esta manera, la existencia individual se constituye en un proyecto que se despliega de acuerdo al destino que ha de tomar de antemano.
2. Los sujetos no pueden hacer y obrar de tal forma que puedan cambiar su destino fatal, debido al hecho de que su libertad de obrar y participar en el control de sus actos se halla neutralizada por fuerzas ajenas a su poder.
3. En las creencias y valores predominantemente religiosos de los pueblos latinoamericanos, el designio de los acaeceres de la vida es atribuido a Dios y su omnipotencia perfecta, frente a la cual nada ni nadie puede oponerse.

Los tres afectos que con más frecuencia aparecen en el síndrome fatalista, según Baró, son los siguientes:

1. Es preciso aceptar con resignación el destino que ha cada cual le acontece, es decir, aceptar la irremisibilidad de la existencia sin oponerse inútilmente.
2. La inevitabilidad de los acontecimientos de la vida resulta mucho más relevante que

cada una de las emociones que se puedan experimentar. En este sentido, carece de sentido dejarse llevar por la alegría o la tristeza, pues lo que cuenta es aceptar el propio destino.

3. La vida resulta ser exigente y dolorosa, de carácter trágico, haciendo de la experiencia del sufrimiento el estado natural de la misma, de tal forma que no queda más que aceptarla identificándose con el sufrimiento.

Finalmente, las tres tendencias comportamentales señaladas por Baró, como las más características del Fatalismo, son las siguientes:

1. Ante la inevitabilidad del propio destino, no queda más que conformarse ante los acontecimientos que a uno le OCUITenDe esta manera, la sumisión al destino fatídico es la manera más adecuada de aceptar la propia suerte.
2. La pasividad frente a las circunstancias de la vida, debido a que nada puede hacerse para cambiar dicha situación. En palabras de Baró: "La pasividad representa la forma racionalmente más cómoda de adaptarse al destino fatal".
3. El presentismo o la reducción del horizonte vital al presente. De esta forma, lo único que cuenta es el aquí y el ahora, tanto para el bien como para el mal. Según Baró, el conocimiento del pasado o la predicción del futuro tan sólo sirven para confirmar la inevitabilidad del destino.

Según Baró, los tres componentes de la actitud fatalista, arriba mencionados, describen

una forma peculiar de realidad existencial de quienes poseen esa determinada forma de relacionarse con el mundo, de tal forma que según Baró, podemos hablar del tipo fatalista.

Según Baró, la idea de que la concepción fatalista de la existencia constituye un rasgo típico del carácter de los pueblos latinoamericanos y esto explicaría la frecuencia con que aparece en los diversos países que forman el continente. Esta explicación ha sido propuesta desde diversas perspectivas teóricas. Quizá la formulación más influyente y con más pretensiones científicas proviene de la visión desarrollista planteada por el Centro para el Desarrollo Económico y Social de América Latina, DESAL.

Según señala Baró, El interés del DESAI se centra en explicar el fenómeno de la dualidad de las sociedades latinoamericanas y en busca la mejor manera de integrar la población marginada al sistema social, cambiando sus valores y actitudes fundamentales (Vekemans y Silva 1969). El Fatalismo constituiría una de las actitudes propias de la población marginada que le impiden integrarse al mundo moderno y que le mantienen en la miseria y en la impotencia social (Silva, 1972).

Un ejemplo típico de este enfoque lo constituye el planteamiento de Fernando Durán. Según Durán (1978, pp. 98-100), la mayoría de la población latinoamericana presenta los siguientes rasgos caracterológicos: (1) autoritarismo, "en el sentido que se tiende a confiar en la autoridad para fundar las acciones y los juicios"; (2) "identificación del individuo con un macrocosmos de relaciones sociales"; (3) conformismo, y (4) "inclinación a considerar el pasado y presente como foco temporal de

la vida humana, sin prestar atención detenida al período futuro". A partir de estos rasgos caracterológicos se podrían entender fenómenos como el del caciquismo que se asentaría sobre el conformismo autoritario de la población, o "la falta de responsabilidad y de iniciativa", que se basarían en la misma dependencia de la autoridad y en el presentismo provinciano. En este sentido es como si en los pueblos de nuestra Latinoamérica se hubiese generalizado la herencia del Fatalismo antiguo. En palabras de Maritza Montero, los latinoamericanos son los "paganos modernos".

Ya Gabriel García Márquez había recreado el mundo del latinoamericano y propiamente del colombiano en sus obras, donde los hechos más extravagantes terminan por parecer normales y los sucesos más pintorescos adquieren un carácter de continuidad atemporal, según nos señala Baró.

Las propias palabras del Nobel colombiano nos confirman este fenómeno: "(...) conozco gente del pueblo raso que ha leído *Cien Años de Soledad* con mucho gusto y con mucho cuidado, pero sin sorpresa alguna, pues al fin y al cabo no les cuento nada que no se parezca a la vida que ellos viven".

Pueblos solos y solitarios, como el Micondo de *La Hojarasca* y *Cien Años de Soledad*, donde más que un lugar se revela un estado de ánimo, una actitud, una manera particular de ser - en - el - mundo, donde, al parecer, no se puede hacer nada por cambiar un destino fatal.

Esta resignación y conformismo, según señalaremos más adelante, gestan y son gestadas a partir del generalizado sentimiento de

impotencia ante el destino trágico de una generalizada parálisis de la voluntad en la realidad cotidiana.

Día a día se multiplican en nuestro país exclamaciones como las que Rafael Santos expresó en la prensa colombiana: "(...) los niveles de tensión e impotencia van aumentando a medida que transcurre el día. ¿Oyó 10 del avión de Avianca? ¡Qué vaina lo de la masacre de Urabá! ¡Qué locura ese secuestro de 29 personas en una "pesca milagrosa" ¡Mataron a Álvaro Gómez! ¡Increíble la emboscada a los soldados de Mutatá!".

Resignación, desensibilización e impotencia. ¿No son estas las respuestas ideacionales, afectivas y comportamentales que a todos nos son comunes frente a estos sucesos? Mientras en Colombia somos resignados frente a los hechos que nos agobian, en otros países se levantarían marchas, protestas y declaraciones en semejante situación.

Esta realidad existencial fatalista del latinoamericano, además de describir la "forma peculiar en la que este se relaciona con su mundo, tiende a bloquear todo esfuerzo por el progreso y el cambio de las personas y las sociedades.

Esto debido a que paradójicamente provoca aquello mismo que postula, a saber: "la imposibilidad de alterar el rumbo de la propia existencia o de controlar las circunstancias que determinan la vida real de cada cual" (Baró, 1985).

Vale la pena, que en este momento nos preguntemos: ¿Qué es lo que hace que las personas, y sobre todo los grupos, asuman el

Fatalismo como modo de relacionarse con el mundo?

El presente planteamiento sostiene que desde los tiempos de la Colonia nuestro país se encuentra marginado y se asume como tal. Es así como nosotros hemos heredado la marginación, la impotencia y la resignación que caracterizó a nuestros ancestros indígenas con el advenimiento de la cultura hispana. Los análisis de Frantz Fanon, muestran cómo, "la violencia impuesta por el colono es introyectada por el colonizado, sometiéndose este último a un estado de inhibición, que compensa con explosiones periódicas de violencia frente a sus iguales" (Fanon, 1972. p. 45).

Por otro lado, es importante señalar que se ha generalizado entre nosotros, así como también en el resto de Occidente, un creciente sentimiento de falta de significación de la propia existencia ante la vastedad y el predominio de las tendencias colectivistas y conformistas distintas de nuestra época industrial moderna.

Es así como, presenciamos una época de falta de identidad personal, predominantemente en Occidente, y de impotencia social como fruto de esta situación. Las palabras del conocido psicoterapeuta norteamericano Rollo May resultan extraordinariamente ilustrativas al respecto: "Aun cuando supiese quién soy, de todas maneras no importaría como individuo".

En medio de este mundo anónimo donde los hombres no se reconocen a sí mismos, el Fatalismo latinoamericano se ha constituido en una de las formas de asumir la vida, propias de la población marginada, que le impide integrarse al mundo moderno y que le mantiene en la

miseria y la impotencia social (Silva, 1972).

Asimismo, la carencia de significación personal y la correspondiente impotencia social (entendida, según May, como el hecho de que no podemos influir sobre nuestro destino), gesta la concepción fatalista de la vida, y como veremos más adelante, también la violencia misma.

Todo ser viviente responde al imperativo categórico de la supervivencia a través del ejercicio del poder. El hombre, especialmente, al ser lanzado a la existencia, encuentra que en cada momento de su vida debe emplear su poder para, preservarse a sí mismo; enfrentando las fuerzas que se le oponen. La palabra poder deriva del latín *posse*, que significa "ser capaz", siendo la misma raíz de la palabra posibilidad y todas sus connotaciones de significación para el ser humano. Cuando el niño nace, expresa en sus gritos y pataletas su poder, su "ser capaz", su "posibilidad", cuando pide y hace que lo alimenten. Como menciona May: "Los aspectos cooperativos y de amor de la existencia se dan junto con los aspectos competitivos y de poder" (May, 1980).

En este punto, es de suma importancia que entendemos que, cuando el gran filósofo Friedrich Nietzsche, plantea la proclamación de la "voluntad de poder", no se refiere al poder en el sentido opresivo y restrictivo de la época moderna, sino más bien a la autorrealización y el cumplimiento de las propias potencialidades (May, 1980). May hace suya esta proclama de Nietzsche y entiende el poder no en su acepción satanizada y censurable, sino como "(...) la forma efectiva de influir sobre los demás, logrando así en las relaciones interpersonales la sensación de la propia significación".



Nuestra vida se debate en el permanente conflicto entre el poder por una parte y la impotencia por la otra. Empero, en este conflicto nuestros esfuerzos se hacen mucho más difíciles por el hecho de que bloqueamos y excluimos ambos aspectos, el primero debido a la connotación maléfica en la que se ha entendido el poder, y el segundo porque nuestra impotencia es demasiado dolorosa para ser enfrentada (May, 1980).

La verdadera razón por la cual la gente se niega a encarar en su totalidad el problema del poder es que, si lo hiciera, paradójicamente tendría que enfrentarse a su propia impotencia. Prueba de esto, son todos los esfuerzos de muchos científicos sociales, incluyendo psicólogos, por despojar de toda tendencia agresiva a las futuras generaciones, y hacer de ellos, seres dóciles y plácidos.

¿No será que el intento de liberarnos de nuestras tendencias hacia la agresión, haría que descartáramos los valores mismos que son esenciales para nuestra condición humana, como la necesidad de afirmar nuestro propio ser? ¿No estaríamos incrementando nuestra sensación de impotencia y en consecuencia preparando el terreno para una erupción de una violencia sin precedentes?

En efecto, la violencia echa sus raíces en la impotencia y la apatía, y no en el poder mismo, como se ha sostenido. Es cierto que la agresión ligada al poder ha adquirido proporciones de violencia en innumerables ocasiones. Pero lo que no se ha dicho es que la impotencia, la carencia de significación que conduce a la apatía, unida al desarraigo de la agresión, conduce paradójicamente a aquello que se intenta

evitar, la violencia.

Rollo May, reitera categóricamente: "Al despojar de poder a la gente, lo que promovemos es la violencia y no el control de la misma".

En nuestra sociedad, los hechos violentos los llevan a cabo en su mayoría aquellos que procuran restablecer su autoestima, intentando defender la imagen de sí mismos y recuperar la significación de la cual carecen. En palabras de Hanna Arendt, "la violencia es la expresión de la impotencia".

La paradoja central consiste en que, esta carencia de significación, gestante de los actos violentos, hace que estos últimos la consoliden aún más. Luis Carlos Restrepo coincide, diciendo: "(...) la violencia (fruto de la impotencia) actúa como dispositivo generador de sufrimiento y desesperanza".

Este círculo vicioso nutre no sólo la situación caótica de confrontación permanente en nuestro país, sino que también se cumple en la gestación y permanencia del Fatalismo como modo desequilibrado de ser - en - el- mundo. Pues la impotencia, se traduce en resignación ante el destino (Fatalismo), y esto último consolida paradójicamente a la impotencia misma.

La violencia y el Fatalismo que la perpetúa, son síntomas. La enfermedad es la impotencia, la insignificación, la resignación, el conformismo; en una palabra, la convicción de que soy menos humano y de que no tengo hogar en el mundo. Todo el mundo, todo ser viviente busca preservarse, lucha de una manera u otra por construir una imagen positiva de sí mismo y proteger su autoestima. Así que esta tenden-

cia propia de los seres vivientes, y en especial del ser humano, es una necesidad positiva, en cuanto potencialmente constructiva.

Sin embargo, como hemos mencionado, cuando la sensación de significación se pierde, el individuo desplaza la atención hacia formas de poder diferentes, y con frecuencia pervertidas o neuróticas, con el fin de obtener un sustituto para la significación. El Fatalismo proporciona cierto sentido a la vida de las clases marginadas, por deplorable que esto pueda ser, la herencia histórico-colonial que nos hizo dependientes y resignados, hoy se asume como una realidad natural que justifica el sometimiento al destino.

Paulo Freire (1970), ha mostrado el papel que desempeña el Fatalismo como parte de la ideología del oprimido: "Este se encuentra inmerso en una realidad de despojo e impotencia, que se presenta como una situación límite insuperable. En esas condiciones, al no lograr captar las raíces de su estado, su conciencia se acoge a la forma fatalista de relacionarse con el mundo, transformando la historia en naturaleza". Inclusive, según Baró, el oprimido interpreta su impotencia como la prueba de que él mismo carece de valor personal.

Como se mencionó anteriormente, el Fatalismo provoca aquello mismo que postula: "(...) la imposibilidad de alterar el destino, el rumbo de la propia existencia; esto propiciado por la realidad de resignación e impotencia característica de nuestro pueblo. En otras palabras, la falta de progreso y la situación de conmoción interna por la ola de violencia en nuestro país, se halla condicionada por la carencia de significación personal, y la impotencia social generalizada de los colombianos.

Ahora bien, para atacar la enfermar en su núcleo es preciso que hagamos frente : la impotencia que fundamenta este modo de existencia. Rollo May, nos propone idealmente que debemos encontrar maneras de compartir y distribuir el poder, de tal modo que cada persona, cualquiera que sea su lugar en nuestra sociedad, pueda experimentar la sensación de que ella también significa algo para los demás. May, no se refiere a oportunidades externas porque los hombres actúen como individuos, sino más bien a la convicción íntima y espiritual de individuo por sí mismo y por sus prójimos.

La participación comunitaria representa una importante alternativa hacia la operacionalización de la propuesta Social-Compreensiva arriba señalada. La participación comunitaria vincula a los sujetos como protagonistas de su propio desarrollo social.

Es en este sentido, que el desarrollo particular de las comunidades siempre está ligado al desarrollo social de las sociedades. Desarrollo Participación, cualquiera que sea la forma en que se vea, son procesos indisolublemente ligados tanto es así, que la participación, después de la Segunda Guerra Mundial, ha sido objeto de estrategia de desarrollo en el mundo, según lo señalan los planes de Desarrollo Económico Social y recientemente Ambientales que se han implementado mundialmente.

A partir de estas investigaciones se señala que una nueva opción de desarrollo para América Latina y particularmente el caso de Colombia, tiene que partir de la identificación de nuevos enfoques, actores y escenarios donde se retome una concepción existencial-ontológica

ca que permita una participación social directa convirtiéndola en punto de encuentro entre lo político y lo individual, lo comunitario y lo público, la subjetividad y la socialidad, la familia como mediador social permanente, entendido este "como una secuencia de fenómenos; eventos y hechos colectivos dirigidos hacia el mejoramiento progresivo de la calidad de vida del ser humano específicamente social".

Entre los planes de desarrollo de un país, la participación representa una herramienta para superar la pobreza, tan vinculada al fenómeno de la violencia, uniendo a los sujetos como protagonistas de su propio desarrollo.

Desde esta perspectiva, el desarrollo es un proceso que no se detiene en el tiempo, espacio, objetos y sujetos, reivindicando a sus actores concretos hasta ahora invalidados, que son portadores de un potencial sinérgico presente en la vida cotidiana.

Sin embargo, es importante señalar que, la participación solo se ha implementado en forma vertical y a nivel de ejecución, por parte de distintas instituciones gubernamentales y no gubernamentales desde que se institucionalizó en Colombia el desarrollo comunitario con la Ley 19 de 1958.

Es por eso que según Hopenhayn, "La participación tiene sentido cuando redundante en humanización, es decir, cuando la población involucrada en el proceso en cuestión, libera potencialidades previamente inhibidas, deja de ser mero instrumento y objeto de otros y se convierte en protagonista de sí mismo en tanto ser social".

En la medida en que cada uno de nosotros recuperemos nuestra significación individual y consecuentemente nuestra potencia como pueblo, los colombianos veremos un nuevo horizonte en medio de la conmoción y resignación que nos agobia. Ojalá nuestra suerte sea vencer nuestra propia impotencia y no terminar confinados en la resignación "porque las estirpes condenadas a Cien Años de Soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra".

## BIBLIOGRAFIA

- Frankl, Viktor (1997) *Psicoanálisis y Existencialismo*, 6ª. reimpresión, México, Fondo de Cultura Económica.
- Frankl, Viktor (1990) *Ante el vacío existencial. Hacia una humanización de la psicoterapia*, Barcelona, Herder.
- May, Rollo (1992) *Las Fuentes de la Violencia*, México, Emecé.